

Transnacionalidad y nuevo espacio europeo de identificación (1)

En la actualidad el espacio europeo se ha convertido, según algunos autores (Grande y Beck, 2006; Delibašič, 2013; Kun, 2015) en un importante referente de identificación. Por otra parte, con una historia más prolongada, el transnacionalismo se posiciona como un fenómeno propio de la era global, que no para de crecer a nivel internacional (Castro Neira, 2005; Guarnizo, 2004; Faist, 2013).

Estos dos fenómenos están muy interrelacionados, e incluso se superponen en el espacio territorial y en el simbólico. Tanto, que ambos se confunden como uno solo, e incluso se plantean como un mismo mecanismo en expansión, que en el caso de Europa puede ayudar a la construcción de un espacio europeo de sentido identitario o proto-identitario, que estaría dando paso a una entidad política con una comunidad de sentido que le corresponde.

Especialmente se relacionan y se confunden cuando los dos países principales de la identificación transnacional de una persona o un colectivo, coincide con dos países de la Europa de la 27. Esta situación afecta a la juventud emigrante y móvil, tanto por sus acciones transnacionales autónomas, como por las políticas públicas que les permiten dicha movilidad.

La hipótesis de este texto es que la identificación transnacional y la identificación europea son dos procesos diferenciados y con consecuencias también diferenciadas, tanto en lo referente al fortalecimiento o debilitamiento de un espacio europeo, como en sus efectos sobre el sentido de pertenencia y de lo común que está en construcción.

Este planteamiento se somete a prueba mediante el análisis de datos primarios y secundarios, generados por investigaciones recientes. Para ello se utilizan tanto información cualitativa (entrevistas), como análisis de datos (encuestas) sobre movilidad, identificación y pertenencia.

Palabras clave: transnacionalidad, identidad, identificación, Europa.

Introducción

En la actualidad el espacio europeo se ha convertido, según algunos autores (Beck y Grande, 2006; Delibašič, 2013; Kun, 2015), en un importante referente de identificación. Por otra parte, con una historia más prolongada, la transnacionalidad se posiciona como un fenómeno propio de la era global, que no para de crecer a nivel internacional, aunque muchas veces sea no intencionadamente (Castro Neira, 2005; Guarnizo, 2004; Berglez y Olausson, 2011; Faist, 2013).

Estos dos fenómenos están muy interrelacionados, e incluso se superponen en el espacio territorial y en el simbólico. Tanto, que ambos se confunden como uno solo, e incluso se plantean como un mismo mecanismo en expansión. Esto tiene consecuencias en las políticas públicas de la UE y en los incentivos que dan los países de la Unión a sus ciudadanos para que realicen ciertas conductas, como la movilidad europea, las becas Erasmus+, las empresas binacionales, etc.

La hipótesis aquí trabajada es que solo en ciertos casos la transnacionalidad y la construcción de una identificación europea coinciden positivamente

(1)

Los datos de este artículo proviene, fundamentalmente de dos fuentes, la investigación realizada para el INJUVE y publicada como *"La emigración de los jóvenes españoles en el contexto de la crisis"* (2014) y la investigación europea del programa Horizonte 2020: *Mapping mobility - pathways, institutions and structural effects of youth mobility in Europe (2015-1018)*, aún en proceso de investigación. Ambas investigaciones realizadas por el equipo de investigación del Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Sociología.

en su dirección y sentido, es decir, en algunos casos las prácticas transnacionales pueden dar lugar a una identificación creciente con Europa, sin embargo, estas prácticas serán dependientes de los contextos. Puesto que no se trata de reemplazar una identificación nacional por una binacional, no todas las prácticas ni todos los contextos darán paso a una identificación con la Unión como identidad política supranacional.

Más todavía si los elementos de esa identidad están aún en cuestión (Todorov, 2008), puesto que en el caso de Europa la construcción de un espacio europeo de sentido identitario o proto-identitario está en proceso, y tiene tanto seguidores como detractores (Kun, 2015). Esta cuestión (la existencia de una identidad europea) como el hecho de si su existencia es posible y conveniente para el proyecto político, es hoy un debate y proceso psicosociológico abierto.

Especialmente confuso resulta este proceso cuando los dos países principales de la identificación transnacional de una persona o un colectivo, coincide con dos países de la Europa de los 27. Esta situación afecta a la juventud emigrante y móvil, (2) tanto por sus acciones transnacionales autónomas, como por las políticas públicas que les permiten dicha movilidad.

La hipótesis de este trabajo es que la identificación transnacional y la identificación europea son dos procesos diferenciados y con consecuencias también diferenciadas, tanto en lo referente al fortalecimiento o debilitamiento de un espacio europeo, como en sus efectos sobre el sentido de pertenencia y de lo común que está en construcción.

Por ello es que para muchos observadores ha sido difícil comprender la tensión provocada por las sucesivas crisis económica, financiera y migratoria. Puesto que estas crisis han desafiado esta comprensión de lo europeo como un espacio común en construcción y con sentido colectivo.

Transnacionalidad e identificación europea

Al comenzar con la definición de ambos fenómenos se aprecia su primera gran diferencia, la que se plantea como del debate conceptual, pero que tiene importantes consecuencias en el comportamiento y las representaciones que se pretende incentivar en la UE.

La transnacionalidad “se entiende como el traslado físico y continuo de los individuos entre sus áreas de origen y de destino, donde realizan una serie de prácticas y vínculos de manera simultánea, y donde se ejerce una vida compartida, por el hecho de tener hogares en dos países y construir su vida en medio de intercambios continuos a través de las fronteras nacionales” (Guarnizo, 2003). Es decir, que la transnacionalidad es una situación social, definida por conductas de los individuos en relación a las fronteras de países en los que habitan, concreta o virtualmente y a la relación con sus comunidades de vida. Esto nos indica que hay elementos cuantitativos (frecuencias de viaje, cantidad de relaciones, vínculos objetivos como propiedad, negocios, cuentas bancarias, participación política y social) y otros indicadores cualitativos (calidad de las relaciones, importancia asignada a los vínculos, identificación con más de una comunidad de vida, entre otros). Esta visión de la transnacionalidad es compartida por gran parte de los estudios de este tipo, desde su origen en la antropología hasta su uso habitual en la sociología (Castro Neira, 2005). (3)

(2)

No se quiere aquí entrar en el debate de movilidad o migración, por lo que, siguiendo las propuestas de la propia Unión Europea, consideraremos, para los fines de este texto, como emigrante a una persona que ha decidido cambiar su residencia permanentemente a un país distinto al de su nacionalidad. Móvil, en cambio, será una persona que realiza actividades en otros países, distintos al de su nacionalidad, como parte de sus actividades laborales, académicas o sociales (exceptuando el turismo).

(3)

Sin embargo, esta línea conceptual aun presenta algunos debates internos que no abordaremos aquí por desviarnos del objetivo de este documento.

Como consecuencia lógica de lo anterior, en la actualidad no se presenta a todo inmigrante como un activo sujeto transnacional, ni tampoco se acepta que esta actividad sea en sí misma reivindicativa o contrahegemónica, ni que necesariamente genere movilidad social (Guarnizo, 2004). La transnacionalidad se presenta como una reinterpretación de los estudios migratorios y de los efectos posteriores que este fenómeno provoca, los que se ven potenciados por la tecnología de comunicaciones y transportes. Entre estos efectos, los más habituales son las comunicaciones transfronterizas, los viajes, las remesas y el empresariado migrante, además de los efectos sobre las grandes corporaciones que requieren de personal transnacional. Pero hay otros efectos menos considerados, a nivel de las relaciones microsociales, y tomando en cuenta que parte importante de las motivaciones que generan la transnacionalidad dependen de la necesidad o intencionalidad (agencia) de mantener vínculos con el lugar de origen e incluso traer los usos y costumbres de origen al lugar de residencia, se generan necesidades de productos y servicios de consumo que a su vez generan una compleja gama de vínculos económicos en ambos sentidos que son capturados por actores migrantes y no-migrantes que incluyen al Estado y al capital corporativo, además de a pequeñas empresas (Guarnizo, 2004), procesos que afectan al país de origen, al de residencia, y no pocas veces a terceros países, de tránsito, referencia u otras situaciones. Todo esto no es solo un intercambio económico, sino que incluye influencias sociales, culturales y prácticas económicas en ambos sentidos (Mora, 2008).

La transnacionalidad es una suma de prácticas y pertenencias específicas, relacionadas con la migración y sus estrategias de sobrevivencia y bienestar. Está relacionada con conductas transfronterizas más que a la pertenencia a un territorio específico. Sin embargo, estas prácticas incluyen un componente implícito de voluntad de permanencia de la situación, es decir, que implica la aceptación de un sí mismo multivinculado a comunidades de vida diversas, pues establece relaciones que requieren de ciclos temporales medios o largos, como el establecimiento de un negocio, las relaciones de pareja y familia mixtas, la inversión en bienes inmobiliarios y otras pautas que no se realizan si la pretensión del agente es de corto plazo o meramente instrumental.

Por otro lado, la identificación europea es una autopercepción (Tajfel, 1984), una condición que solo se hace efectiva por la subjetividad del perceptor y el consenso de un colectivo (Melucci, 1985). Esta puede evaluarse como proceso de pertenencia (Roland-Levy, 2007) o como actitud hacia los referentes europeos (Ros, Rodríguez y Casado, 2008). A su vez, una identidad tiene contenidos que la definen y la representan. Elementos culturales, históricos, prácticas sociales, objetivos colectivos, territorio, instituciones de legitimidad formales e informales, por nombrar los más relevantes.

Estos planteamientos tradicionales sobre la identidad política parten de un supuesto que podría cuestionarse en el caso de la Unión Europea, puesto que la representación sobre la cual se ejerce la identificación está consensuada o constituida para el colectivo que se identifica con ella: Europa. Si bien esta cuenta con un territorio definido, una historia compartida de larga data, algunos elementos culturales posibles de definir como propios y una estructura institucional identificable, aún en desarrollo, sigue siendo una referencia identitaria relativamente nueva y, a la vista de los eventos desencadenada por las crisis sucesivas de los últimos cinco años, todavía puesta en cuestión por muchos actores.

Esta situación de un territorio en proceso de configuración para la identificación fue definida por el historiador marxista (e irónicamente inglés) Erick Hobsbawm (1991), es lo que llamó proto-nacionalismo propuesto para entender los procesos de la unificación italiana y alemana, pero que es factible de aplicar al caso europeo, al menos como aporte para el análisis. Este concepto alude a un proceso inconcluso que puede gestarse en una identidad nacional en el futuro, que puede seguir un proceso de fases. Este concepto plantea que la existencia previa de elementos biográficos de colectivos de personas puede ser la base de una identificación nacional posterior, según el autor. Es decir, una especie de nacionalismo en una etapa primaria.

Esta idea de protonacionalismo comparte con la identificación político territorial supranacional la disposición positiva hacia los referentes que simbolizan dicha identidad, no la negación o afirmación de su existencia o de su proyección. El dilema entonces no sería si existe o no una identidad europea, sino en qué momento de su ciclo formativo se encuentra ésta y si existen los elementos para su evolución hacia la reafirmación.

Esa es la principal razón por la que vale la pena establecer la diferencia entre los procesos transnacionales y los europeos, especialmente cuando estos procesos afectan principalmente a las generaciones más jóvenes. Si bien hay una cierta interconexión entre ambos procesos, al ser la transnacionalidad una forma de desdibujar las fronteras simbólicas y de expandir los procesos de identificación, este proceso es fundamentalmente entre dos países, no entre un territorio que contiene a otro, y necesariamente en cuanto a las características que unifican dicho territorio.

No obstante, como sugiere Faist (2013), “la transnacionalidad depende, pues, del contexto y no ha de asociarse a priori con significados positivos o negativos”, por lo que sus consecuencias pueden favorecer un proceso de identificación supranacional, pero también pueden entorpecerlo, todo dependerá del tipo de significado que adopte la transnacionalidad en el colectivo correspondiente.

Dicho de otro modo, un grupo menospreciado, perseguido y discriminado, difícilmente experimentará un mayor apego a la pertenencia europea si en algunos países les quitan sus derechos y les retornan a la fuerza a su país. Evidentemente esta situación no es real en la mayoría de los casos, y cuando hay casos de discriminación suelen ser puntuales y ocasionales. Sin embargo, las entrevistas realizadas a jóvenes españoles en Europa ofrecen algunos tipos de discriminación más sutil, especialmente las relativas al idioma y el acceso a alquiler de vivienda, aunque, como se ha dicho, estas no son ni generalizadas a toda la población de un destino determinado, ni continuas en el tiempo.

Desde este punto es válido volver a la pregunta de partida de este texto, ¿cuál es la relación entre la transnacionalidad y la identificación europea? A partir de ella se desprenden algunas preguntas que merecen mayor análisis: ¿Se incrementa una cuando lo hace la otra? ¿Da lo mismo favorecer unos procesos que otros? ¿Van en el camino correcto (el de favorecer la identificación con Europa) las políticas de movilidad de la Unión Europea? Pueden surgir muchas preguntas más. Sin embargo, éstas ya bastan para generar suficientes dudas como para intentar una respuesta basada en la evidencia.

La evidencia de la juventud transnacional en Europa

Hemos explorado si algunas de las ideas de transnacionalidad e identificación europea se verifican empíricamente, para lo cual se ha utilizado datos de una investigación anterior del INJUVE (Navarrete y cols., 2014) y de algunos datos preliminares de una investigación en curso. (4) Ambas investigaciones cuentan con datos primarios cualitativos y la más antigua con datos cuantitativos. También utilizamos datos de terceros como comparación y comprobación de los datos encontrados.

Desde los datos existentes, la transnacionalidad de la juventud española ya es un hecho marcado por al menos dos dimensiones: la pertenencia a la Unión Europea y el aumento de la migración en los años de crisis económica.

Datos recientes de la investigación del Instituto de Juventud de España muestran que la migración entre los españoles desde 2009 a 2013 supera las 341.000 personas, y ha seguido aumentando. De estas personas emigrantes, alrededor de 218.000 son personas entre 15 y 29 años (Navarrete y cols., 2014).

Pero como se ha dicho, la sola migración no es sinónimo de transnacionalidad, debe existir una conducta de comunicación y traslado transfronterizo. Esto pone de relieve otros datos de la misma investigación ya mencionada (Navarrete y cols., 2014).

Primero, los países de destino. En el período 2009-2013, más del 60% de estos jóvenes se dirigen a Europa: 105 mil a RU, 25 mil a Alemania, 5.500 a Francia, 6.100 a Dinamarca, 3.000 a Suecia, y así hasta completar 145 mil jóvenes españoles en Europa. A países de América (incluido EE.UU.) suman 60 mil jóvenes en el mismo período.

Estos datos son relevantes en varios sentidos:

- i.- dejan clara la predilección por Europa al momento de buscar alternativas en otros países,
- ii.- la cercanía de estos países hace más probable el establecimiento de relaciones transnacionales,
- iii.- el hecho de que sean países europeos fortalece la hipótesis de la relación entre la identificación con europea y la transnacionalidad.

Un segundo elemento a destacar de esta información es la edad de los emigrantes, que como se ha destacado, son principalmente jóvenes, lo que plantea otra posibilidad de apoyo a la hipótesis de la relación entre los dos fenómenos estudiados, ya que la flexibilidad propia de la juventud y su mayor tendencia a relacionarse positivamente con las tecnologías de la comunicación también facilitan el desarrollo de la hipótesis planteada. Entre estos elementos de flexibilidad está la situación de una familia no confirmada todavía, lo que amplía la gama de relaciones sociales y la posibilidad de que esa familia futura sea, en sí misma, transnacional. Esto es corroborado, por una parte, por las motivaciones a emigrar registradas en el estudio analizado: oportunidad de vivir nuevas experiencias, conocer diferentes culturas, la posibilidad de conocer gente nueva y ampliar el círculo social (Navarrete, 2014). Por otra parte, estas probabilidades aumentan cuando se sabe que el 72% de los jóvenes emigrantes españoles viaja solo, ya que la sociabilidad, así como la conexión con el origen aumentan en las personas que no están acompañadas, como una búsqueda de suplir la necesidad de pertenencia y relaciones sociales.

(4)

La investigación en cuestión está financiada por Horizonte 2020, de la Comisión Europea: Mapping mobility – pathways, institutions and structural effects of youth mobility in Europe.

Por su puesto, estos datos solo posibilitan, pero no afirman que exista una transnacionalidad concretada en conductas transfronterizas, más allá de la propia movilidad. Por lo que es necesario conocer las conductas de las personas que viven en el extranjero para saber si ellos viven transnacionalmente o no.

El uso de tecnologías, especialmente aquellas basadas en el móvil, dan claras muestras de la voluntad de contacto con la comunidad de origen, con lo que es un importante impulso a la transnacionalidad de la vida cotidiana de los jóvenes españoles en el extranjero. Así se puede ver en la encuesta analizada que el 88,8% de ellos mantienen contactos cotidianos con su familia, seguido por el número de contactos con los amigos, el 73,7% de ellos y por el 70,8% de ellos que lo hacen con su pareja en España.

A continuación, se exponen algunas citas obtenidas de las entrevistas realizadas a jóvenes españoles viviendo en el extranjero. Como se puede apreciar en ellas, la transnacionalidad se aprecia en una disponibilidad para realizar estancias en otros países (por períodos variables), aun cuando no siempre es motivada positivamente, con tal de poder volver a España en un futuro indefinido.

A mí Madrid me gusta mucho y quiero vivir allí probablemente la mayor parte de mi vida. También puedo irme a otro país si surgiese una oportunidad laboral. No tendría ningún problema en irme otro tiempo a otro país o incluso a Argentina o... (Hombre, 24 años, viviendo en Londres).

...empecé a hacer prácticas en Peugeot y me salió una oportunidad en Alemania en la empresa PM Pipiny y me fui para allá dos meses. Cuando vine aquí [Madrid] me puse en contacto con la Universidad otra vez porque me quedaban dos asignaturas. Empecé a trabajar en Mary Kay y luego en diciembre me propusieron irme a Francia y en mayo me fui a trabajar, con un contrato de dos meses. (Mujer, 24 años, viviendo en La Havre, Francia).

Londres me gustó para estudiar y todo eso, pero no me gustaba ya vivir ahí por el clima, llegas a casa, te levantas, trabajas, no disfrutas nada. En España se puede salir, ir a un bar pero como está muy mal España y nos habíamos aburrido los dos de estar en Londres pues decidimos venir a Perú, por eso pues, por él... Pero la primera decisión hubiera sido haberse ido a España. Como él estudió Construcción y la construcción está muy mal no había otra alternativa (Mujer, 26 años, viviendo en Lima).

Había viajado, pero para estudiar o de turismo, pero para trabajar es la primera vez. [...] Pues me había recorrido un poco Europa, en el InterRail, una ruta de siete países, luego he viajado a Cuba, a Canadá, eh... Estados Unidos, Japón (risas). [...] Por estudios, me fui a estudiar inglés a Canadá durante un mes y luego también, durante la carrera, pues hice un proyecto de Erasmus en Coimbra, que fue como 15 días, pero era un estudio que hacían las universidades europeas y la realizaban en Coimbra, Portugal. (Mujer, 27 años, viviendo en Londres).

Esto puede aportar datos en contra de la hipótesis de la relación positiva entre la transnacionalidad y la identificación europea, pues, como puede apreciarse, la disponibilidad a moverse es más extensa que la territorialidad

Europea. Además, la opinión positiva de las ciudades de residencia en el extranjero no necesariamente se extiende más allá de ese territorio de identificación, ni al país ni mucho menos a la UE.

Por otra parte, más de 44.000 estudiantes salen de España cada año a realizar becas Erasmus en Europa, según las últimas cifras disponibles de SEPIE. Así mismo, España es el principal receptor de becarios Erasmus de los 27 países de la UE.

Solo con los datos cuantitativos ya es evidente que la juventud española de principios del siglo XXI está mucho más conectada a las comunidades de los países de su entorno de los que nunca estuvo antes.

Pero hay mucho más. El conocimiento de idiomas, el acceso a Internet (banda ancha incluida), las redes sociales, la gran difusión de noticias europeas en todos los ámbitos, el acceso relativamente de bajo coste al turismo dentro de Europa, son todos elementos que permiten asegurar un contacto relativamente permanente entre lo local y lo europeo. Sin embargo, así como el turismo no siempre tiene efectos positivos sobre la cultura y la identidad de los pueblos que los reciben (Salazar, 2008; Toselli, 2006; Ascanio, 2003), tampoco todas las visitas turísticas (ni las estancias más largas) producen vínculos positivos con el territorio de destino.

Respecto de las experiencias con becas Erasmus, uno de los principales programas de movilidad europea y el que más utiliza la juventud española para realizar una movilidad subsidiada, la experiencia general parece muy positiva, puesto que no solo permite la estancia durante un período medio (desde 3 meses a un año dependiendo del tipo de movilidad), sino que muchas veces permite compartir con personas de muchos destinos distintos al del país de origen y al país de destino.

Estos períodos medianamente prolongados suelen ser estimuladores de relaciones transnacionales. Las personas entrevistadas declaran que sus relaciones sociales con las personas que conocen en ese período se mantienen una vez regresadas a su país de origen. E incluso, se establecen importantes lazos con personas de otros países. Una joven española declaraba sobre esto *“he recorrido toda Europa con las amistades que hice ese año en Copenhague”*.

Nos obstante, aparecen algunos elementos mejorables en esta experiencia. Las personas hasta ahora entrevistadas (5) en la modalidad de Erasmus para Formación Profesional, que van a otro país europeo a realizar sus prácticas, nos declaran que la estancia por tres meses les resulta muy corta, pues solo han comenzado a conocer mejor el país y su gente cuando ya deben marcharse. Esto provoca frustración, y no llega a generar las consecuencias positivas que se aprecian en los Erasmus universitarios respecto a las relaciones transnacionales y, especialmente, en cuanto a la posibilidad de tener relaciones con una red europea de personas conocidas a través de esta experiencia.

En esta misma línea, la de Erasmus para FP, se aprecia una cierta sensación de abandono institucional. Los y las chicas entrevistadas no se relacionan directamente con el programa Erasmus, sino a través de sus profesores o de una empresa (en el caso de Erasmus para emprendedores). Esto puede ser muy operativo y eficiente en cuanto al uso de recurso e incluso en cuanto al logro administrativo de la realización de la movilidad con éxito. Pero, al no haber contacto con la institución, o ser este muy reducido, la opinión que

(5)

Estas entrevistas y las que se citan a continuación son resultados preliminares de la investigación europea de Horizonte 2020: *Mapping mobility - pathways, institutions and structural effects of youth mobility in Europe*, aún en proceso de investigación.

hemos recabado hasta ahora es que no sienten ningún apoyo del programa, lo que dificulta que se vean vinculados positivamente con Europa y sus instituciones.

“Es que realmente al final, busqué todo un poco por mi cuenta, o sea yo el ERASMUS lo veo como una institución que me pagó 300 euros al mes, menos, o sea una cosa así, es como... toma, ya está. (Hombre, 22, FP, Reino Unido –Londres).

Yo le diría que sí, pero que se prepare para montárselo por su cuenta, que no asuma que va a contar con muchísimo apoyo por parte de nadie, sino pues eso, que se vaya económicamente cubierto, que busque por su cuenta cosas, que se preocupe por moverse dentro de la empresa a la que vaya... básicamente te da la facilidad de poder hacerlo... establecer un contacto a través de un instituto que siempre es más fácil, pero realmente no creo que sea muy diferente a irte por tu cuenta. (Mujer, 26 años, FP. Alemania (Berlín).

Del mismo modo, estas estancias de tres meses resultan muy intensas, llenas de aprendizajes y descubrimientos, con una agenda muy apretada de logros, informes y trabajo. Otra vez esto es muy positivo desde la perspectiva de la política pública y la eficacia del sistema.

“Estuve 3 meses, abril-mayo-junio del 2014 [...] Al principio me pareció muchísimo, luego cuando llegó junio y estaba tan bien, me pareció muy poco, fue variando con el paso del tiempo la percepción” (Hombre, 22, FP, Reino Unido –Londres).

Sin embargo, no deja mucho espacio para el contacto más allá de las personas con las que deben relacionarse para cumplir con la agenda, lo que imposibilita la relación con otros europeos no locales que compartan la experiencia, como sucede con el Erasmus universitario. Esto mantiene las posibilidades de relaciones transnacionales con las relaciones directas en el destino, pero disminuye las posibilidades de identificación supranacional con Europa.

En definitiva, los procesos de movilidad europea tienen efectos positivos sobre la identificación con Europa en muchas ocasiones, sin embargo, varias de las experiencias estudiadas hasta ahora en nuestra investigación, con entrevistas los afectados muestran que la forma en que están concebidos los programas de movilidad aseguran con claridad, mediante medias objetivas, los efectos transnacionales y dejan la identificación con Europa a las condiciones subjetivas del contexto, que pueden ser adecuadas para dicha identificación o ser negativas o neutras para este fin.

Concluyendo

Existe una fuerte la relación entre la transnacionalidad y la identificación europea cuando se dan al menos dos condiciones: que los países de origen y de destino (y de tránsito si corresponde) sean países de la Europa de los 27 y que la estancia en dicho país haya permitido una inserción positiva y acorde a las expectativas de los y las jóvenes. Sin embargo, merece mayor análisis el hecho de si en todas las ocasiones esta relación es positiva, ya que las situaciones de transnacionalidad pueden permitir que surja una vinculación potente con dos territorios, y sin embargo no tener una relación positiva con el territorio supranacional que los contiene, es decir, con Europa.

Esta última cuestión permite al menos poner una luz de precaución sobre algunas de las políticas públicas destinadas a fortalecer la identificación con Europa, pues no basta haber realizado un viaje, ni siquiera si este es de larga duración, sino que lo relevante es cuan positiva llega a ser la inserción social de la juventud en ese país de destino. Y como segundo elemento, es esencial diversificar esos viajes a distintos destinos, no solo al que mayor vínculo se desarrolla, porque eso solo asegura la transnacionalidad de las personas pero no asegura la identificación supranacional.

Estos dos elementos son de relevancia y actualidad porque son dos factores que están muy descuidados en las actuales políticas de movilidad europeas. Por una lado, se deja muy abandonadas a las personas que han decidido realizar una movilidad, quedando a merced de las características personales de su contacto en el país de destino, sin identificar claramente ese proceso con la Institucionalidad europea. Por otro lado, hay una cierta tendencia a mantener los contactos realizados en el país visitado, lo que en sí mismo es positivo, pero si se transforma en una exclusividad, puede ser un riesgo de favorecer la transnacionalidad sobre la identificación supranacional.

Con estos análisis, evidentemente, no se pretende negar los avances ni negar la existencia de un proceso de identificación supranacional en ciernes, con avances diferenciados por país y por localidades, y en el que la juventud española está muy bien involucrada. Más bien se busca alertar respecto a la eficiencia de los recursos utilizados con el fin de fortalecer e incentivar la identificación de los jóvenes con la extensa y diversa Europa del siglo XXI.

Referencias bibliográficas

- Ascanio, A.** (2003). Turismo: la reestructuración cultural. Pasos, Revista de Turismo y Patrimonio Cultural, 1(1), 33-37.
- Beck, U. y Grande, E.** (2006). La Europa cosmopolita: sociedad y política en la segunda modernidad. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Berglez, P. y Olausson, U.** (2011). Intentional and unintentional transnationalism: Two political identities repressed by national identity in the news media. National Identities, 13(1), 35-49. <http://doi.org/10.1080/14608944.2011.552490>
- Castro Neira, Y.** (2005). Teoría transnacional: revisitando la comunidad de los antropólogos. Política y cultura, (23), 181-194.
- Delibašić, I.** (2013). The need for a new European identity? European View, 12(2), 299-306.
- Faist, T.** (2013). «Ahora todos somos transnacionales»: relevancia de la transnacionalidad para comprender las inequidades sociales. Migración Y Desarrollo, 11(20), 67-105. Retrieved from <http://rimd.reduaz.mx/revista/rev20/5.pdf>
- Fouquet, A.** (2005). L'identité européenne : études des possibles. Cahiers de Psychologie Politique, 7(Juillet). Consultado en: <http://odel.irevues.inist.fr/cahierspsychologiepolitique/index.php?id=1112>
- Guarnizo, L. E.** (2004). Aspectos Económicos del Vivir Transnacional. Colombia Internacional, 59 (Enero-Junio), 12-47. Consultado en: <http://colombiainternacional.uniandes.edu.co/view.php/429/index.php?id=4>
- Hobsbawm, E.** (1991). Naciones y Nacionalismo desde 1870. Barcelona. Editorial Crítica.
- Kun, P.** (2015). European Identity between Ethnic and Civic Identities. Journal of Identity and Migration Studies, 9(2).
- Melucci, A.** (1985). Identità e azione collettiva. En: L. Balbo et alii, Complessità sociale e identità, Milán (Italia), Franco, A. pp. 150-163.
- Mora, C.** (2008). Globalización, Género y Migraciones. Revista Polis, 7-No 20, 285-294.
- Navarrete, L. y cols.** (2014). La emigración de los jóvenes españoles en el contexto de la crisis. Análisis y datos de un fenómeno difícil de cuantificar. Madrid: INJUVE.

- Portes, A., Guarnizo, L. E. y Landolt, P.** (1999). The study of transnationalism : pitfalls and promise of an emergent research. *Ethnic and Racial Studies*, 22-2(march), 219-237.
- Roland-lévy, C.** (2007). Antes y después: identidad nacional o identidad europea. *REICE. Revista Iberoamericana de Investigación Sobre Calidad, Eficacia y Cambio en Educación*, 5(No4), 172-182.
- Ros, M., Rodríguez, M., & Casado, C.** (2008). Valores e identidades nacional y europea: un estudio transcultural. *Revista de Psicología Social*, 23 (3), 367-376.
- Salazar, N.** (2006). Antropología del turismo en países en desarrollo: análisis crítico de las culturas, poderes e identidades generados por el turismo. *Tabula Rasa*, 5(1), 99-128.
- Tajfel, H.** (1984). *Grupos humanos y categorías Sociales*. Barcelona. Editorial Herder.
- Todorov, T.** (2008). European Identity. *South Central Review*, 25-3 Otoño, Sup. *Intelectuales, nacionalism and europeean identity*.
- Toselli, C.** (2006). Algunas reflexiones sobre el turismo cultural. *Pasos. Revista de turismo y patrimonio cultural*, 4(2), 175-182.